

el orgullo de nuestra razon, adoremos á la beatísima Trinidad con las palabras que entonan y repiten constantemente en el cielo los serafines: santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria, por los siglos de los siglos.—AMEN.

SERMON

SOBRE

LA PURÍSIMA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

*Dominus possedit me in
initio viarum suarum.*

El Señor me poseyo en el
principio de sus caminos.

Proverb., cap. 8.º, v. 22.

MISTERIOS grandes encierran las palabras referidas, que acaba de pronunciar el Ministro sagrado. Ellas nos representan la realidad de aquella misteriosa nubecilla que viera en otro tiempo el grande Elías, elevándose de enmedio del océano y cubriendo en un momento toda la tierra. De aquel prodigioso monte, descrito por Isaías, elevado sobre los collados, más que los cedros sublimes y las robustas encinas de Basan, sobre cuya cúspide se ostenta brillante la casa del Señor, como una majestuosa torre ó como las hermosas naves de Tarsis. A su vista se admiran todos los pueblos, y mutuamente

se dicen: «Venid, subamos al monte del Señor, al templo del Dios de Jacob. De aquella mujer divina, de quien nos habla San Juan, bajo cuyos piés giraba la luna, y su vestido era el mismo sol, y coronada su cabeza de refulgentes estrellas. De aquella tierna Esposa de los Cantares, bella como la aurora, paraíso del nuevo Adán, manantial fecundo de gracias, de cuyo seno de rosas y azucenas ha brotado el agua de la vida. De aquella arca de salud, que no fué sumergida en las aguas del diluvio; casta paloma, conduciendo en su boca un ramo florido de oliva, arco de paz en medio de las tempestades, zarza del desierto, palma elevada de Gades. De María, en fin, nuestra tierna Madre y señora, que llena de amor y de dulzura nos repite en este día desde ese trono de gracias: «El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos.» *Dominus possedit me in initio viarum suarum.*

No me es desconocida, señores, la diversa exposición de estas palabras, que aplican la mayor parte de los padres y doctores católicos á la sabiduría humanada del Verbo eterno. Pero supuesto que la Iglesia nuestra Madre las refiere á la Santísima Virgen, en su sentido místico, veamos al través de ellas el decreto que predestina á María á la plenitud de todas las gracias, y digamos con la ingenuidad de amantes hijos: «que fué concebida sin contraer la degradación original; que el pecado no trazó siquiera una sombra en aquella alma privilegiada;

que el soplo de la más leve imperfección no oscureció jamás aquel tabernáculo vivo de la divinidad, repitiendo con el sagrado libro de los Proverbios, que el Señor la poseyó desde el principio de sus caminos:» *Dominus possedit me in initio viarum suarum.*

Ved aquí, señores, el objeto tierno y sublime que me propongo en esta mañana. Bien sé que tengo el honor de dirigirme á un auditorio ilustrado y piadoso, que sabrá apreciar el valor de los vanos adornos que presta la elocuencia mundana, impropios de este lugar santo. Por tanto, no es mi ánimo hacer un brillante discurso sembrado de preciosas flores que excitáran una admiración estéril, cual suelen producir los discursos que no son inspirados por la religión, no. Yo intento sólo exponer del modo más sencillo las palabras referidas, siguiendo los pasos de los padres y doctores católicos, y haceros ver, al través de un océano insondable de amor y de luz, el decreto de predestinación de María desde el primer instante de su sér: la mano misericordiosa de la Trinidad augusta, separando á María de la masa común de los mortales, inficionada por el pecado; el poder soberano de un Dios omnipotente que elige á María desde el principio sin principio de la eternidad y la posee y la dirige y la conserva en el estado purísimo de la gracia: *Dominus possedit me in initio viarum suarum.*—AVE MARÍA.

*Dominus possedit me in
initio viarum suarum.*

El Señor me poseyó en el
principio de sus caminos.

Proverb., cap. 8.º, v. 22.

¡Qué triste y desgraciada es, señores, la condicion miserable del hombre! Nos es preciso confesar con dolor que fuimos concebidos en la iniquidad; que somos hijos de ira, segun la expresion de la Escritura santa. Nada hay sano en nosotros; la concupiscencia ha corrompido todas nuestras potencias; nuestro espíritu es capaz de los errores más groseros; nuestra voluntad sujeta á vergonzosas pasiones; nuestra imaginacion es el asiento del engaño; nuestro corazon combatido de violentos y encontrados deseos. Inconstancia, vanidad, miseria y flaqueza por todas partes. ¡Ah, miseros mortales!... habitamos una soledad espantosa donde no se ven sino mónstruos... caminamos por un desierto donde no se pisan sino abrojos... dificultad para obrar el bien, inclinacion que nos arrastra al mal; guerra interior; combates de la carne; proyectos, cuidados, ánsias, temores, agitacion continua... Ved aquí cuál es la triste vida del hombre.

Empero cubramos con un denso velo este cuadro de horror que nos presenta nuestra naturaleza caida,

y levantemos nuestra vista hácia esa dichosa criatura, elegida de enmedio de la corrupcion. María, nuestra tierna Madre... ¡ah! santa desde el primer instante de su sér; distinguida por un privilegio singular del resto de los mortales; enriquecida con los tesoros más copiosos de la gracia, que jamás manchó, y modelo acabado de las virtudes más heroicas. Esta dichosa criatura no ha sido envuelta en la ruina general; no ha sido sumergida en las aguas del diluvio; no arrastró la maldicion comun. ¡Misterio grande, señores, que sólo puede realizar la mano omnipotente de un Dios! Vamos á engolfarnos ya en ese abismo sin fondo de sabiduría y de amor.

El Señor, dice el sagrado texto, *Dominus*, para denotar el supremo dominio de Dios sobre ella desde el instante primero de su sér, como si dijera: sólo Dios fué mi Señor. Es observacion de San Agustin y otros Padres que en la sagrada Escritura se usa siempre esta palabra *Dominus*, para denotar dominio, y así no se halla en el libro del Génesis hasta el caso de establecer el supremo dominio de Dios sobre el hombre, y del hombre sobre las demás criaturas. María, pues, aquella obra predilecta de las manos del Señor, la más excelente de todas las criaturas; María, aquella hija de David... aquella estrella de Jacob, tan deseada de los patriarcas, tan anunciada de los profetas, tan engrandecida de las Sibilas... María, aquella divina aurora, que habia de preceder al sol de justicia... aquella portentosa nube... que

habia de llover el dulce rocío en los campos de Judá... aquella dichosa y fecunda tierra, que habia de abrir sus entrañas para brotar la salud del mundo... María, la hija querida de Dios, la esposa del Espíritu-Santo, no tuvo ni pudo tener desde su primer instante más Señor que Dios, y el espíritu inmundo no se enseñoreó jamás sobre ella... *Dominus*.

El Señor me poseyó, *Dominus possedit me*, continúa el sagrado texto; hé aquí otra más robusta prueba de la Concepcion inmaculada de María.

Hay una gran diferencia entre la propiedad y la posesion de un objeto. La propiedad dice dominio; la posesion, uso, ocupacion del mismo objeto; esto es muy sencillo. Pues bien: Dios tiene la propiedad sobre todos los predestinados, ejerce sobre ellos una potestad omnimoda, un imperio absoluto, de que nadie podrá privarle, como nos dice San Juan; mas no siempre tiene la posesion: mientras un predestinado está en pecado es poseido por el demonio. Si no, decidme: ¿poseia Dios, por ventura, el espíritu de aquella célebre mujer de Samaria, cuando enenagada en deleites infames y en torpezas abominables, insultaba lo más santo del cielo y de la tierra? ¿Poseia el espíritu de Saulo, cuando, respirando venganza contra los cristianos, custodiaba las vestiduras de los verdugos, para que con más desembarazo pudiesen apedrear á San Estéban? No. Aun más: ¿poseia Dios el espíritu de Jeremías, del Bautista, del patriarca San José y otros en el mismo seno ma-

terno, desde el instante primero de su sér, antes que por especial providencia fuesen santificados? No; ciertamente no. Pues el alma purísima de María siempre, siempre fué poseida por el Señor. *Dominus possedit me*.

«La posesion significa, dice el P. San Jerónimo, hablando de la Trinidad beatísima, la posesion significa que el hijo siempre estuvo en el Padre y el Padre siempre estuvo en el Hijo.» Digamos empero nosotros, en sentido místico, que María siempre estuvo en su Dios; que Dios siempre estuvo en María. Nunca fué odiosa al Señor, nunca fué objeto de su cólera; Dios tuvo siempre sobre ella un dominio y una posesion eternos, y jamás la separó de su cuidado ni permitió que Satanás fuera su señor un sólo instante. El Señor la poseyó en el principio de sus caminos.

Y ¿qué entienden los padres y doctores católicos por los caminos del Señor? Nos hallamos, señores, en la más robusta prueba de la Concepcion inmaculada de María y en lo más tierno é interesante del discurso.

El célebre abad Ruperto dice que los caminos del Señor son todos los santos, de modo que, segun esta exposicion, María fué poseida por el Señor antes que fueran predestinados los santos. San Jerónimo entiende todos los ángeles, y así María fué poseida por el Señor antes que fueran predestinados estos. Otros juzgan que los caminos del Señor son las divinas

procesiones de la Trinidad augusta, segun cuya exposicion, María fué poseida por el Señor desde aquel momento eterno en que procedieron el Hijo del Padre, y el Espíritu-Santo del Padre y del Hijo. Y otros, en fin, fundados en un pasaje del sublime libro de Isaías, opinan que los caminos del Señor son todas sus obras. Ved aquí, señores, dónde exijo toda vuestra atencion, siquiera un momento, para que os penetreis de la sublimidad del misterio de este dia.

La predestinacion... la presciencia de Dios... sus decretos eternos... sus obras *ad extra*. ¡Oh! hé aquí el abismo sin fondo donde se pierde el entendimiento limitado del hombre. Desnudemos, empero, esta sublime materia de los términos y oscuridades escolásticas, y ojalá pueda yo hacérsola perceptible.

Los padres y doctores católicos que sostienen la última exposicion de las palabras referidas, esto es, que los caminos del Señor son todas sus obras, se dividen en dos fracciones respetables. Unos, con San Agustin y Santo Tomás, dicen: «que la bondad y sabiduría infinitas de Dios, como eternamente difusivas, no podian quedar concentradas en su misma esencia divina, y que la Trinidad augusta se ocupó, á nuestro modo tosco de entender, desde la eternidad, en promulgar los decretos de predestinacion de las criaturas, segun el modo con que habian de existir en el trascurso del tiempo, con este orden: Primer decreto, la predestinacion de los ángeles;

segundo decreto, la predestinacion del hombre, y aquí su caida, su reparacion; tercer decreto, un Redentor, y aquí la que habia de darle el sér humano, María.»

Scoto, con San Buenaventura y toda la célebre escuela seráfica, componen la otra fraccion. Mas estos dicen: «que el primer decreto de la Trinidad beatísima debió dirigirse al objeto más digno. Y ¿qué cosa más digna que la humanidad del Verbo? Hé aquí, pues, el primer decreto: la humanidad del Verbo, y en él la predestinacion de la que habia de darle el sér humano, María; segundo decreto, los ángeles; tercer decreto, el hombre, su caida, su reparacion.» Ved la opinion más honrosa, más digna de la Madre de Dios; opinion que excita en nosotros el amor filial más dulce, más consolador; opinion, en fin, que explica, de un modo más natural, las otras palabras, que la misma santa Iglesia aplica á María cuando dice: «que salió de la boca del Altísimo; que fué primogénita ante toda criatura; que acompañaba al Supremo Hacedor, cuando creó el cielo, el sol y las estrellas, y cuando fijó los cimientos del Universo, y cuando lo fajó, como la madre envuelve al hijo que acaba de dar á luz.» ¡Señores, qué dulces y sublimes son estas ideas! ¡Y con cuánta satisfaccion me detendria en ellas algunos momentos, si no temiera abusar de vuestra atencion!

De aquí, señores, resulta una invencible prueba de la Concepcion inmaculada de la Santísima Virgen.

Porque un Dios que elige á María desde la eternidad para su augusta esposa, y para formar con su misma sangre y en su mismo seno el cuerpo sacrosanto del Redentor, ¿no le infundiría la inocencia? ¿podía permitir el Altísimo que Satanás manchase su purísimo tabernáculo, y que lejos de quebrantar la mujer la cabeza de la serpiente, ésta quebrantase la de aquella, burlando así sus palabras y promesas inmutables?... Y un Dios que nos representan los profetas con el rayo en la mano, amenazando abrasar la tierra con todas sus prevaricaciones; sepultando al pecador bajo las ruinas de las ciudades y de los imperios, y dirigiendo y fulminando el rayo contra el mismo trono, sin respetar la púrpura y la diadema... un Dios que prohíbe á toda boca profana abrirse para proferir su nombre augusto... un Dios que no se complace del sacrificio más santo por su naturaleza, si el sacerdote y el pueblo no son tan puros como la víctima... un Dios, en fin, que por eso es Dios, porque es santo, ¿había de beber el aliento de una fuente inficionada por el pecado?... ¿había de alimentarse y nutrirse de una sangre impura?... no, por cierto. María fué preservada, por decreto de misericordia, de la degradacion general, que por decreto de rigurosa justicia la comprendía.

Otra prueba hay no menos fuerte fundada en nuestro sentimiento íntimo, en los instintos de nuestro mismo corazón, porque sólo la hipótesis de una mancha en María repugna á la conciencia católica

y á la piedad de sus buenos hijos. Y en efecto; si María pecó en Adán, como nosotros, hay que deducir de aquí que, lejos de quebrantar la cabeza de la serpiente, fué la conquista, y la presa, y la víctima de ésta. Si María fué hija de Adán como nosotros, fué hija de Satanás como nosotros; hija de ira, y estuvo en estado de condenacion eterna, aun cuando no fuese más que un sólo instante. ¡Tales ideas afligen el alma y la oprimen bajo un peso que no puede soportar! Por el contrario, ¡cuán dulce y halagüeño es para un corazón cristiano fijarse en la inocencia eterna de María!... Este convencimiento es más grato, más sólido y consolador que todas las teorías de la ciencia mundana, y él arrastró en pos de sí todos los pueblos cristianos, desde la antigüedad más remota. Y vamos á reasumir.

El Señor, dice el sagrado libro de la Sabiduría, *Dominus*, para denotar el supremo dominio de Dios sobre María, desde el instante primero de su sér. Me poseyó, *possedit me*, para denotar algo más que dominio, comun á todos los predestinados, y aun algo más que la santificacion de Jeremías, del Bautista, del patriarca San José y otros que fueron concebidos en pecado. En el principio de sus caminos, *in initio viarum suarum*, para indicar que fué primero que los santos, segun la exposicion del célebre abad Ruperto; que fué primero que los ángeles, segun el P. San Jerónimo; que fué al tiempo mismo de la Trinidad augusta, segun el mismo San Jerónimo y otros; y

que fué primero que todas las obras del Señor. Justo es, pues, que digamos, con el mayor afecto y filial ternura, que María, nuestra tierna Madre, es aquella mujer heroica que pisó la cabeza de la serpiente, vencedora de la humanidad; que es la astuta y valerosa Judit, que destruyó el poderío del soberbio Holofernes; que es la dulce y amorosa Estér, que anuló el decreto de exterminio pronunciado contra los hijos de Israel; que es aquella divina Esposa de los Cantares, formada entre los resplandores de la brillante claridad de un Dios omnipotente; que es aquella arca misteriosa del Testamento, ante cuya vista el Jordan suspende, lleno de admiración, el curso de sus aguas; que es... ¡Oh María! ¡Oh María! ¡tú fuiste en el tiempo lo que fuiste en el pensamiento eterno del Altísimo; la más grande, la más pura, la más santa de todas las criaturas!

Así, amados míos, he creído llenar mi cometido, conforme á vuestros deseos y á los de este piadoso pueblo, al que tengo el honor de dirigir mi palabra. De intento he omitido muchos y muy profundos testimonios de la antigüedad sobre la creencia piadosa de todos los fieles, sobre la inmaculada Concepcion de María; porque no está muy lejos el día en que esta creencia sea colocada entre los misterios de nuestra fé, junto á los dogmas sagrados de la augustísima Trinidad y de la Encarnacion del Verbo ¡Ah! ¡cuán grato será para nosotros este día! Entonces será colmado nuestro gozo, al contemplar que

la piedad de nuestros padres ha ocupado al fin un lugar preferente en el catálogo de las verdades de nuestra fé.

Réstame sólo exhortaros á que continueis en estas santas prácticas; ¡que no falte jamás en este augusto templo el culto de María, y muy especialmente en su Concepcion inmaculada! Así lo espero de vosotros, y en esta confianza no dudó augurar para vosotros y para vuestros hijos todo género de felicidades en esta vida y en la otra.—AMEN.